



Cuerpos para mirar

Lucas Branchessi

Mayo 2006

“En los comienzos (...) había vida por todas partes,
y ser era lo mismo que tener vida (...) no
se había descubierto *mera* materia”

Jonas Hans, *El principio vida*

Introducción: el cuerpo como problema

Afirmar que vivimos en una sociedad que hace del *individualismo* uno de sus rasgos principales puede sonar a obviedad. Paradójicamente (o no), este rasgo es reivindicado por sus más fieles defensores y blanco de los ataques de sus más acérrimos detractores. En otras palabras, ser *individualista* es a la vez rasgo positivo y negativo, afirmación y negación de la sociedad actual.

Podría afirmarse que la *individuación* es un rasgo del ser humano desde el momento en que es un ser para-sí. Esta constatación no es de relevancia para nuestro análisis, cualquier ser animal más o menos desarrollado es capaz de diferenciarse a sí del mundo. Sin embargo hay un vuelco lógico que debe darse necesariamente para llegar al individualismo como forma de ser social. De ser-parte de la sociedad el individuo

pasa a ser, para sí mismo, ser-último de la sociedad: no hay utilidad para la sociedad si ésta no está para contribuir al desarrollo de lo propiamente individual que hay en mí.

Paralelamente (o necesariamente), surge la problemática de lo que Guy Debord dio en denominar *Sociedad del Espectáculo*. Una sociedad donde todo aquello que no es (o es imagen) ocupa a la vez “todas las miradas y toda la conciencia”¹. En esta sociedad espectacular lo real no lo es y lo falso sólo lo es en relación con otra falsedad. Esta sociedad desencajada sólo se puede entender en tanto sociedad de individuos (jamás sociales): no hay lecturas sociales reales en la sociedad del espectáculo. Los productos espectaculares se dan sólo en dos lecturas, una canónica, determinada por el propio sistema de producción para sus productos y otra propia (pero sólo en un sentido ficcional) que se ancla en el sujeto individual. Sin embargo, en la mayoría de los casos, ambas lecturas del fenómeno espectacular (pura significación, pura apariencia) se abrazan confluyendo. En la sociedad del espectáculo (individualista, porque la mentira sólo se acepta en una ficción de lo social) el espectáculo se presenta como propio, a la vez que es esa su forma canónica. Una constatación parcial puede hacerse en la superficie de la forma actual de la sociedad del espectáculo y en una de sus expresiones más representativas, la publicidad. Dirigida al individuo (en la ficción, el consumidor nunca es social o agregado), propone lecturas individuales, reappropriaciones individuales, expresiones de lo propio; siempre, en lo subyacente, infinitamente sociales. (“Personal es tu forma de comunicarte”, “todo tu mundo aquí adentro”).

En este contexto es que intentaremos problematizar un concepto que aparece como poco problemático, tanto para el espectáculo como para el individualismo: el cuerpo. “En una estructura de tipo individualista (...) el cuerpo se convierte en el refugio y el valor último, lo que queda cuando (...) todas las relaciones sociales se vuelven precarias”². Para el espectáculo, consecuentemente, el cuerpo se vuelve objetopreciado, símbolo en última instancia del individuo, a la vez que marquesina de todo lo que se es o puede ser.

Objeto Cuerpo

Para el espectáculo no existe contradicción o tautología posible. O más bien, todo aquello *posible representable* como producto del espectáculo no puede ser nunca la

¹ De Bord, Guy; *La sociedad del espectáculo*; Champ Libre; 1967; Trad. Maldejo; Archivo Situacionista Hispano; 1998.

² Le Breton, David; *Antropología del cuerpo y la modernidad*; Ediciones Nueva Visión; Buenos Aires; 2002.

prueba de su invalidez y, si lo fuera, será excluido, marginado o simplemente olvidado. Sin error posible no hay prueba sino tan solo constatación de lo que es. Aquello que es (ser simbólico representado espectacularmente), es verdad. Con esto sólo se quiere salvaguardar una argumentación: en el espectáculo no hay negación en afirmar que el individuo *es* cuerpo y a la vez lo *posee* indefectiblemente. “El cuerpo se convierte en una especie de socio al que se le pide la mejor postura, las sensaciones más originales, la ostentación de los signos más eficaces”³. Pero este pedido es imposición y ruego, tal como se le impone a un objeto de mi propiedad, tal como se le ruega a lo inalcanzable. La disyuntiva la resuelve la presentación ante los otros en tanto cuerpo-espectáculo, aquello por lo cual hemos de ser juzgados, evaluados, catalogados y puestos en una dinámica de lo social-espectacular. Para decirlo de otra manera, imponemos al cuerpo una gimnasia (en sentido laxo, pero también en sentido lato) a la que no se puede rehusar, pero esperamos que sus frutos sean reasumidos por el otro en tanto su producto simbólico (nuestro cuerpo significándonos en única instancia). Esta espera es angustiosa y escapa al individuo: por eso le rogamus al cuerpo que no nos falle. El individuo como cuerpo y como espectáculo se vuelve “su propia copia, su eterno simulacro”⁴. Por una parte el individuo no puede alcanzarse como representación si no es a través de su cuerpo, por otra, no es nada si no es representación.

El cuerpo hipertrofiado

Se ha afirmado que el cuerpo de la modernidad se vuelve cada vez más un obstáculo (para desplazarse, nunca será tan eficaz como un vehículo; para comunicarse, nunca alcanzará la potencia de las telecomunicaciones) de la realización de lo propiamente individual. Por el contrario, se sostendrá que es sólo a partir de la *ampliación* del cuerpo como representación es que la sociedad del espectáculo permite la realización plena de su sujeto. Al contrario de atrofiarse, el cuerpo se despliega y se integra en un doble de sí mismo (otra ficción) donde lo consumible se le integra como segmento indisoluble.

En la presentación del individuo frente a la sociedad espectacular el cuerpo se funde con las ficciones que la propia espectacularización le reserva: el cuerpo es el automóvil mediante el que se mueve, el cuerpo es el *gadget* mediante el cual se

³ Le Breton, David; Op. Cit.

⁴ Le Breton, David; Op. Cit.

comunica o procesa información, el cuerpo es (el fruto de) el ejercicio que lo modela. El cuerpo es la indumentaria que luce, el peinado que porta.

No hay contradicción entre la imagen fotográfica *pura* y la imagen retocada por computadora: la celebridad es su imagen posada apaciblemente sobre la revista tanto como es su presencia física, por más que estas difieran. En la sociedad espectacular, el cuerpo se asemeja a un laberinto de espejos donde cada reflejo es una parte del todo y que no existe sin su contrario: la moneda tiene, ahora, mil caras.

Sin embargo, a diferencia del laberinto de espejos, no hay una relación de correspondencia necesaria entre una y otra proyección. Una imagen existe indisolublemente de la otra pero no se relacionan necesariamente sino atadas por la ficción de la construcción simbólica espectacular. Este doble hipertrofiado del cuerpo toma la forma del mecano. Sus piezas le son indisolubles y lo integran como un todo, pero a la vez son intercambiables. He aquí el grado máximo de autonomía en la sociedad del espectáculo, el hombre es libre porque puede intervenir directamente en la imagen que proyecta sobre el mundo y, por lo tanto, es capaz de transformarse a sí mismo indefinidas veces. “El narcisismo moderno muestra el efecto paradójico de una distancia respecto de uno mismo, de un cálculo; convierte al sujeto en un operador que hace de la existencia y del cuerpo una pantalla en la que ordena, de la mejor manera, signos”⁵.

Contrariamente a la visión de Le Breton, se afirma que esta *postulación* del cuerpo (y con él del individuo) no es potestad sólo de sectores correspondientemente acomodados en una escala socio-económica. Más bien, no es potestad de ningún sector delimitado. En última instancia, no es potestad sino demanda. Con esto se quiere decir que no es un acto de libertad sino, más bien, su absoluta negación. Esta capacidad de generar su propia ficción para poner para-el espectáculo es la expresión de un sometimiento a las exigencias de la espectacularización de la sociedad. No sobra aclarar que los diámetros de acción serán mayores en tanto mayores sean las capacidades de ser sujetos de consumo de los modelos postulados como apropiados, convenientes o exitosos. “La primera fase de la dominación de la economía sobre la vida social había implicado en la definición de toda realización humana una evidente degradación del *ser* en el *tener*. La fase presente de la ocupación total de la vida social por los resultados acumulados de la economía conduce a un deslizamiento generalizado del *tener* al *parecer*”⁶. En un movimiento superador, el desarrollo de la sociedad del espectáculo ha

⁵ Le Breton, David; Op. Cit.

⁶ De Bord, Guy; Op. Cit.

determinado actualmente, que el *no tener* es, también un *parecer*. Siguiendo con nuestra argumentación, *tener* o *no tener* es una modelación del cuerpo.

El cuerpo reencontrado

Así como en Descartes el cuerpo era fuente de toda duda, de toda inexactitud y de toda bajeza que el *ego* pudiera encontrar, la sociedad del espectáculo (heredera de su pensamiento) ejerció la traición máxima: *ser es parecer*. Queda, podría decirse, una mónada última del ser que no es el parecer y que (para la sociedad espectacular) existe sólo lógicamente. Así como el cuerpo aparece como otro objetivado, se debe admitir la existencia de otro no corporal pero que es tan sólo lugar de la vida íntima. En tanto que no puede aparecer sino a través del cuerpo y por lo tanto mediado, a partir del fruto de sus intervenciones sobre la materia corporal. A fin de cuentas, afirma la sociedad espectacular, esto es lo que nos hace humanos, el para-sí no es tener la capacidad de ponerse como fin de sí mismo sino poner como fin de sí mismo la propia representación espectacular.

Como se dijo, la sociedad del espectáculo clausura la contradicción y la prueba. Somos la presentación que de nosotros mismos hacemos a través de nuestro cuerpo construido espectacularmente. Sus piezas lo conforman en una totalidad simbólica y tenemos disponibilidad total de intervenir sobre ellas determinando nuestra forma de ser en su totalidad. Eso es ser libre en la sociedad del espectáculo: vivir y sufrir un cuerpo al que siempre se nos demanda pedir más.

Texto escrito en el marco del “Seminario Comunicación, educación y espectáculo en la sociedad informacional” Carrera de Comunicación Social, UBA, 2006

© Lucas Branchesi, 2006

<http://www.diegolevis.com.ar>